

por las decisiones tomadas por los altos funcionarios desde el gobierno". Gierek mismo ha dicho, después de los disturbios, que ha estado "siempre convencido, y lo estará siempre, de que en este país no realizaremos nunca nada sin el apoyo y la cooperación de todos los polacos". Pero los condenados y los detenidos siguen en prisión, y la policía vigila de cerca a los sospechosos. Hay instancias en el partido que mantienen la línea dura. Se distingue entre ellos Kempa, jefe del partido en Varsovia.

Como persisten las causas inmediatas del descontento. Las alzas de precios se atribuyen a errores administrativos y económicos en la producción y los circuitos de distribución. Sin embargo, se deduce que a pesar de las posibles correcciones de estos errores o supuestos errores, las subidas van a ser inevitables, y que de aquí a fin de año aunque se evite el sesenta por ciento anunciado originalmente, no se evitarán alzas de un promedio del 35 por 100. Al mismo tiempo, los artículos de primera necesidad han desaparecido o son escasos. Delante de cada tienda, de cada almacén, se forman largas filas de espera. Las colas se han convertido en un deporte nacional: ya no se trata solamente de adquirir aquello que se necesita, sino aquello que se vende. Puede ser una buena inversión si los precios suben, puede ser una seguridad si el producto llega a desaparecer. Las tiendas limitan sus ventas por persona, pero de una manera extraoficial y no controlada: las autoridades han pensado ya en la necesidad de establecer cartillas de racionamiento. Si no lo han hecho hasta ahora, es porque temen el efecto psicológico del regreso a unas condiciones de racionamiento propias de la guerra y la posguerra, que indicarían un fracaso en la administración y la economía del régimen. Los llamamientos de los periódicos para que se practique una "disciplina social", no dan resultado. Gierek, ha dicho: "todo el mundo debe aprender a practicar la democracia". Pero se espera que esta práctica pueda comenzar a ser real desde el gobierno y el partido.

Parece que una serie de reformas se hace imprescindible. No se limitarán solamente a la parte económica, sino que tienen que responder más y mejor a la necesidad de que todos estén realmente representados en los partidos y en la implantación de unos sindicatos libres. ■ JUAN ALDEBARAN.



El campamento de Tal al Zaatar, donde unos treinta mil refugiados palestinos resistieron durante cincuenta y dos días a los falangistas cristianos del Líbano. Ninguna medida de humanización de la guerra fue admitida: la Cruz Roja Internacional tuvo que esperar a sus puertas.

En plena Edad Media

La matanza de Tal al Zaatar

Durante cincuenta y dos días, el campamento palestino de Tal al Zaatar ha permanecido cercado por los falangistas cristianos en absolutas condiciones de crueldad. Unas treinta mil personas, en su mayor parte civiles, han vivido en condiciones exactamente iguales a las de las plazas cercadas en la Edad Media: hambre, sed, heridos y enfermos sin posibilidad de ser atendidos. Las condiciones externas de la guerra eran modernas: tanques, cañones, aviones, cohetes facilitados por Siria, procedentes de la OTAN, de Estados Unidos, de Alemania Federal, probablemente de Israel. Las condiciones morales eran, sin embargo, antiguas. Ninguna de las medidas de humanización de la guerra que se vienen procurando en la era moderna han sido admitidas por los sitiadores. La Cruz Roja Internacional no ha podido evacuar a los heridos ni llevar medicamentos o alimentos al interior del campo. Se ha intimidado desde todo el mundo a los sitiados a la rendición; estos respondían que, entregados, serían asesinados. Así ha sido. Cuando la resistencia ha sido imposible, los sitiadores

han penetrado en el campo. Han matado a niños y hombres en condiciones de combatir o de ser futuros combatientes. Se sabe del asesinato de cincuenta enfermeras, de diez sanitarios. Han sido violadas y asesinadas numerosas muchachas. Se ha cometido una acción calificada, desde los juicios de Nuremberg, como genocidio: es decir, el intento de hacer desaparecer una nacionalidad, un pueblo. Algunas de las naciones que sentaron la jurisprudencia de Nuremberg y que inventaron la palabra genocidio han colaborado, directa o indirectamente. Se sabía, desde que empezó el cerco, lo que estaba sucediendo y cuál sería su desenlace. No ha intentado evitarlo nadie: se ha fomentado. La Edad Media no ha terminado nunca. Pero se han utilizado palabras de la retórica moderna. El Ejército libanés había ofrecido la evacuación del campamento "bajo control del Ejército del Líbano que garantizaría la seguridad de las personas que salieran del campo en el respeto a las convenciones de Ginebra". No ha existido nunca garantía ni respeto.

El genocidio del pueblo palesti-

no se está consumando. Comenzó en 1936, se acentuó después de la guerra. Desde los motines al terrorismo organizado, desde el desembarco de invasores hasta las guerras modernas, durante cuarenta años los palestinos han sido expulsados de sus hogares, de su país. Han sido huéspedes indeseables en otros países árabes: han sido sometidos a campos de concentración, a matanzas periódicas. Sus últimos núcleos están siendo deshechos. Se ha reproducido en ellos la persecución y matanza de los judíos en la Europa nazi: para repararse aquel genocidio, se ha cometido otro. Se está cometiendo aún. Se trata del exterminio puro y simple de un pueblo, con la diferencia de que éste apenas encuentra palabras de apoyo en el mundo. Mas bien condenas cuando responde con la desesperación de los actos de terrorismo.

No se ha avanzado nada en el camino moral de los litigios humanos. Todo está sucediendo como en un principio. Con mejores armas, mejores medios de información, mejores discursos. Pero con la misma fiera. ■